

CUENTO N° 232

TÍTULO: LOS ABUELOS

SEUDÓNIMO: LA COMADRE

AUTORA: CELESTE OLGA JEREZ KRITZLER

LOS ABUELOS

La Comadre

Antes que empiece la fastuosa celebración de su centésimo cumpleaños, Alphonse Beauchene decide fugarse. Vestido con su mejor traje y con sus viejas zapatillas azules, se encarama por la ventana de su habitación y sale de la lujosa residencia de ancianos en Omsk, donde vive, dejando plantados a las autoridades y la prensa local. Se dirige a la estación de trenes, un lugar donde puede pasar inadvertido. Mientras espera la llegada del tren, otro anciano, Pietro, su entrañable amigo también centenario, lo espera junto a la vieja maleta de cuero. Al verlo, lo toma del brazo y corren a subirse al tren, antes de que la ciudad de los cosacos sepa de su fuga. La noche anterior, Alphonse y Pietro Modric habían decidido ir a Moscú a ver la final de la Copa del Mundo 2018. Todo estaba planeado muy bien. Llegarían a la estación unos minutos antes que pasara el transiberiano para llegar directo al Estadio en Moscú.

—Esto si será una celebración de cumpleaños, fiesta, diversión y mujeres rusas — dice Alphonse.

Mientras el tren avanza, el inspector va pidiendo los boletos. Los abuelos con tanta premura no alcanzaron a comprarlos.

—Viejo, pásame el dinero —habla Pietro.

—¿Qué dinero? Si te pasé la billetera anoche en tu cuarto —responde Alphonse.

La Comadre

—Sus boletos, señores, por favor —interrumpe el inspector.

Al escucharlo, Alphonse se desploma del asiento, causando un gran alboroto. Tratan de auxiliarlo, pero no reacciona. El anciano no se mueve. Pietro por mientras pide agua y azúcar. El inspector continúa avanzando y pide los boletos de otros pasajeros.

Luego de unos minutos tratando de revivirlo, el anciano empieza a moverse y desliza una oculta sonrisa a su amigo. Cuando el jefe del tren se enteró de que Alphonse cumplía cien años y, con el propósito de compensar el mal rato vivido, decide llevar a los centenarios abuelos como invitados ilustres, pasándolos a primera clase. Comidas, bebidas, todo gratis, y un gran pastel para la celebración. Luego de beber suficiente champagne y vino que compartieron con los nuevos amigos de primera clase, igual que el canto de cumpleaños y la dulce torta, se dirigieron a su recámara a dormir. Iban cantando confusas y graciosas canciones de letras desconocidas. El sol alumbraba el impecable cuarto. Pietro sacó de su maleta las viejas fotos de la familia en la que estaba junto a su sobrino Lukita enseñándole a patear la pelota. El tren se fue acercando a Moscú. Alphonse dejó ver debajo de su elegante camisa la camiseta de Francia. Lo mismo hizo Pietro, pero él llevaba la de Croacia. Esta vez los amigos estaban en trincheras diferentes, pero las mujeres rusas y la diversión serían su lugar de encuentro.

—¿Cómo ingresaremos? Hasta Putin está custodiando la seguridad del Estadio — comentó Pietro.

La Comadre

—Viejo croata, ya verás cómo te sentaré al lado de Kolinda, tu presidenta, y yo estaré gritando y celebrando con Macron y Putin. Ya verás. Al bajar de la estación, suben al metro. Este va repleto de alegres hinchas llenos de banderas de los países participantes del mundial, con coloridos sombreros, cantando, bailando, gritando extasiados, algunos van pintando sus rostros. Pietro le pide a la voluptuosa de camiseta blanca y roja que pinte su cara. Alphonse pide lo mismo y muy concentrado va planeado el siguiente paso. Necesitarán una silla de ruedas. Llegando a la estación del estadio, bajan junto al tumulto humano que los arrastra sin que ellos se muevan y se dirigen a la ambulancia. Nuevamente, Alphonse sufre un desmayo. La camilla está preparada junto a una silla de ruedas. Mientras la enfermera va en busca del medidor de presión, los amigos toman la silla de ruedas y se pierden tras el tumulto. En la entrada al campo de football, un intimidante uniformado de voz cortante, pide sus boletos. Alphonse, que ya está sentado en la silla, comienza a buscarlos. Revisa en los bolsillos del pantalón, en la chaqueta, le pide a Pietro que los busque en su ropa, quien insiste por todos lados sin resultados. La numerosa hinchada comienza a empujarlos descontroladamente, saltando rejas y quebrantando todas las normas de seguridad.

—Capitán, necesito entregar esta carta a Vladimir Putin —le dice Alphonse muy seguro.

—Estás loco, anciano, nadie puede ir allí —responde.

La Comadre

—Vladimir me espera. Soy su invitado. Esta carta es muy importante. Si no la recibe, serás hombre muerto —insiste Alphonse.

Al escuchar al convincente viejo, le arrebató el sobre y fue a consultar al Comandante Ivanov, encargado de la seguridad del presidente, quien, al ver la inconfundible letra manuscrita que todo Rusia podía reconocer con facilidad, salió aceleradamente en busca de los ancianos, los saludó amablemente y les dijo que él personalmente llevará el sobre al Presidente.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta Ivanov

—Coronel Alphonse Beauchene, experto en explosivos, y Capitán Pietro Modric, mi ayudante— Responde.

A punto de comenzar el último partido del Mundial 2018, el comandante interrumpe a Putin con la extraña carta que le había entregado el veterano.

—¿Cómo me interrumpes en el momento que el mundo entero está mirando a Rusia? —le dice indignado el Presidente.

—Solo vea esta carta —responde el uniformado Al ver la inconfundible letra manuscrita del sobre, lee la carta y sale velozmente en busca de los ancianos.

La Comadre

—Señor Beauchene, mis respetos. No es el mejor momento de esta visita, pero por favor vengan a mi palco a ver el partido final y luego permítanme que sean mis huéspedes. Los centenarios amigos, con sus camisetas, rostros pintados y grandes sombreros caminan junto a Putin. El estadio exclamaba por Francia y Croacia. Kolinda al ver al gracioso anciano croata va en su búsqueda y lo invita a sentarse a su lado. Lo mismo hace Macron con Alphonse. Los himnos de ambos países comienzan a entonarse y la emocionada muchedumbre canta y grita con una incontrolable euforia. Los amigos se miran. Comienza el partido. Las chicas rusas se fotografían con los abuelos, los llenan de besos, abrazos y bebestibles. Pietro ya no ríe. Los franceses lo tienen destruido, pero con Kolinda de su mano recupera energías, especialmente cuando mete un gol Croacia. La mujer se pone a saltar, lo abraza y aprieta fuertemente. Pietro saca de su bolsillo la antigua foto donde aparece Lukita. La diversión y el cumpleaños de Alphonse serán inolvidables. Llega la premiación, Francia gana el mundial de Rusia. Macron y el experto en explosivos celebran como niños, saltan arriba de los palcos. Kolinda toma a Pietro de su brazo y bajan a entregar el premio del mejor jugador del Mundial, Luka Modric. El viejo extasiado, y con lágrimas en sus ojos, abraza a y levanta a su sobrino entregándole el Balón de Oro, un momento inolvidable antes de terminar su longeva vida. Putin deja ver su forzada y orgullosa sonrisa de misión cumplida: logró realizar el mejor Mundial de los últimos años. Un mes la prensa y el mundo entero sin informar de Trump y solo

hablando de Rusia. Hoy, Rusia es una fiesta y los abuelos los invitados de honor. Al día siguiente en la casa de Putin se reúnen los presidentes de los países que asistieron a la final de la copa, el presidente de la Fifa y un reducido número de invitados a cenar. Vladimir hace un brindis por la organización, por el triunfo de Francia, por Croacia y por sus ilustres visitas a quienes presenta como el Compañero Alphonse y su ayudante.

“A los futuros presidentes de Rusia, exijo dar calidad de Ilustre al compañero Alphonse Beauchene mientras esté con vida. Su aporte a la Revolución ha sido el más grande en toda la historia de la Unión Soviética, la patria debe estar agradecida eternamente.”

Joseph Stalin

Decía la manuscrita
carta...